

AGENDA CIUDADANA

NI PASADO NI FUTURO SON YA LO QUE ERAN

Lorenzo Meyer

Como Interpretar el Correr del Tiempo.- La manera como se vive el presente –el aquí y el ahora-- depende, en parte, de las expectativas o visión que se tenga sobre el futuro. Pero resulta que esas expectativas están íntimamente ligadas a las experiencias e interpretaciones del pasado. Lo anterior vale tanto para individuos como para los grandes conjuntos humanos. Ahora bien, en este momento y como sociedad nacional, a los mexicanos, ya no nos queda claro como interpretar nuestro pasado y, por tanto, tampoco como suponer el porvenir.

La Condición Postmoderna.- La concepción colectiva del porvenir como algo distinto y necesariamente mejor que el presente, es algo relativamente reciente. En muchas civilizaciones y épocas históricas –quizá en la mayoría--, la experiencia histórica lo que mostraba era la incertidumbre del devenir, por eso el futuro tenía un sentido muy distinto del moderno, pues en el mejor de los casos el porvenir era una simple prolongación del presente y en el peor, crisis y decadencia.

La aparición de la idea del progreso como la esencia del cambio, está históricamente fechada, pero también hay indicios de que tal idea pudiera estar empezando a modificarse y por razones no del todo distintas, aunque si más complejas, a las que Lewis encontró para los individuos y las clases dentro de las sociedades actuales. El futuro ya no está necesaria e indisolublemente unido al progreso. El cambio pudiera volverse a interpretar como algo sin dirección, indeterminado. Cada vez es más claro que, de cara al futuro, hay una ausencia de

credibilidad en las grandes visiones, en esas meta narrativas que todavía en el pasado reciente aseguraban que todo lo mejor estaba por venir, que nuestro destino sería glorioso. A esta duda, a esa indeterminación sobre el futuro, se le llama “la condición post moderna”

La Idea del Progreso o Moderna.- La idea del cambio simple, sin dirección, formó parte de muchas visiones del mundo. Hace ya más de dos milenios y medio, por ejemplo, Heráclito (540-480 ac) advirtió que “todo cambia, nada se mantiene igual” o, lo que es lo mismo, que “nadie puede meterse dos veces en el mismo río, pues las que fluyen ya son otras aguas”. Sin embargo, la naturaleza de ese cambio no implicaba la idea de mejoría. Para los griegos, el cambio social y político era cíclico –establecimiento de un sistema de poder, auge y decadencia del mismo-- o simplemente carecía de dirección fija; una forma política podía nacer pero no llegar a experimentar un auge; vivir sin salir nunca de la mediocridad.

Antes del siglo XVIII, en el pensamiento del mundo occidental y de muchas, sino es que de todas, las civilizaciones que se desarrollaron antes o simultáneamente con la Occidental, dominó la idea de lo fijo, lo estático, lo inmutable. Así, por ejemplo, en el mundo medieval cada uno se quedaba en el medio en que había nacido –campesino, menestral o noble— y lo mismo ocurriría con sus descendientes, pues en la naturaleza misma del mundo estaba la imposibilidad de modificar el orden social, político y económico. Suponer otra cosa era rebelarse contra el designio divino.

La idea del cambio como transformación inevitablemente positiva, como progreso, nació en Europa y se le llamó modernidad. Fue resultado de la

combinación de la revolución científica del Renacimiento –la enorme fe en las matemáticas y la duda sistemática como base del conocimiento--, con el surgimiento de los estados nacionales, la creación de los imperios trasatlánticos y el triunfo y arraigo del capitalismo, más el optimismo burgués de la Ilustración. Todo ello, dio pie a la idea del cambio como progreso. Para Voltaire (1694-1778), por ejemplo, el incremento gradual de los conocimientos científicos, llevaría a que la humanidad se alejara definitivamente de sus orígenes primitivos para acceder a estadios superiores, donde el hombre dominaría a la naturaleza y establecería el reino de la razón, de la tolerancia y de la justicia. En suma, gracias a la combinación de razón, ciencia y tecnología, la humanidad estaba destinada a transformarse en una “comunidad de derechos humanos”, a civilizarse, a ser moderno.

En el siglo XIX, la tesis elaborada por Charles Darwin (1809-1882) sobre la evolución de las especies (1859), se trasladó sin dilación al campo de lo social. En efecto, a la evolución de los organismos biológicos se le atribuyó un sentido progresista y se le vio como parte de una ley más general, donde el cambio iba de lo simple a lo complejo o de lo imperfecto a lo perfecto, lo mismo en los individuos vivos que en los conjuntos sociales. La visión más radical de este progreso social fue la desarrollada por la izquierda. Carlos Marx y Federico Engels elaboraron una gran ley de la historia que era el equivalente de la enunciada por Darwin para las especies: la lucha de clases conducía a la humanidad, tras milenios de sangre, sudor y lagrimas, del comunismo primitivo, al esclavismo, al feudalismo, al capitalismo, al socialismo y, finalmente, al comunismo moderno, y en cada uno de esos estadios las fuerzas productivas

mejoraban y aumentaban el control del hombre sobre la naturaleza. Así, el marxismo se presentó como una gran teoría del desarrollo lento pero inevitable, del conglomerado humano. La marcha iba de la larga noche de la tribu hacia el incremento de las capacidades productivas y al perfeccionamiento del género humano. A tan magnífica meta se llegaría de manera inevitable, y una vez lograda, quedarían superados de una vez y para siempre los antagonismos de clase, con su lastre de explotación y humillación. Sólo en el comunismo industrial, los hombres llegarían a ser plenamente fraternales y dueños conscientes de su destino.

El pensamiento burgués ya no pudo competir, en materia de optimismo, con la izquierda. Sin embargo, aunque algo escéptica, esa burguesía mantuvo su fidelidad a la idea de progreso. Y cuando al final del siglo XX cayó la URSS y la izquierda perdió el rumbo, el optimismo democrático burgués volvió a reafirmar su confianza en el futuro, pero, a la vez, empezó a germinar la duda sobre toda esa concepción del progreso inevitable.

Como sea, la expresión más reciente y acabada del optimismo burgués actual es la elaborada por el norteamericano Francis Fukuyama, que por un tiempo trabajó en la Rand Corporation, y cuya tesis sobre “el fin de la historia” no es otra cosa que insistir en que la historia como conflicto ya acabó. Desde su perspectiva, el rotundo fracaso del desafío marxista al concluir el siglo XX, ha permitido constatar que la humanidad ha llegado a su verdadero estadio superior, a la modernidad efectiva, pero no por la vía de la revolución proletaria sino por la del capitalismo global, la democracia liberal y el Estado de Derecho. Desde esta perspectiva, modernidad plena y progreso es lo que ya existe en Estados Unidos.

Si Norteamérica es la cúspide de la evolución social, entonces de aquí en adelante la tarea ya no es transformar al sistema, sino extenderlo, perfeccionarlo con la ayuda de la ciencia y la tecnología y, finalmente, administrarlo.

El Postmodernismo.- Una de las consecuencias inesperadas del derrumbe del paradigma de la izquierda tradicional y del triunfo del “fin de la historia”, es la modificación de la idea del progreso. El llamado post modernismo, está basado en el rechazo, como idea científica y política, del concepto de alguna gran “ley de la historia”, de un fin predeterminado de la evolución humana. Para algunos, se trata, por tanto, de una propuesta conservadora, reaccionaria, que, como la de Fukuyama, simplemente sirve para justificar el estado de cosas existente, la estructura de autoridad imperante.

Desde luego, puede haber otra interpretación del post modernismo, una que implica riesgos pero también liberación. En ésta, la lucha no ha acabado y hay razones muy concretas para continuarla, pues el capitalismo global está lleno de injusticias y si bien ha permitido la prosperidad de Estados Unidos, Europa Occidental y ciertas partes de Asia, otras regiones, sobre todo en Africa pero también en América Latina y Asia, no tienen viabilidad.

Sea como sea, de aquí en adelante el cambio, la evolución, simplemente ya dejó de tener dirección predeterminada y también dejó de tener liberadores seguros, como el proletariado según la izquierda o el capitalismo razonable, según la derecha. Abandonados los grandes paradigmas ideológicos, hoy queda claro que la humanidad en su conjunto o las sociedades particulares, pueden transformarse de manera positiva, pero ello no es inevitable ni seguro. El resultado del cambio dependerá de la voluntad de las sociedades, del resultado

de sus luchas y contradicciones internas, y de la suerte. La suerte o fortuna debe volver a ser tomada en cuenta, pues ya no se puede confiar en que las leyes de la evolución –si es que existen-- estén en favor de la razón y de la justicia.

En el campo del pensamiento social, el postmodernismo implica que si bien ya dejó de tener sentido insistir en la construcción de “la gran teoría” al estilo marxista o al de sus contrapartes en el lado capitalista --como los estructuralistas y funcionalistas--, la tarea es centrarnos en teorías parciales, que puedan explicar parcelas de la realidad, pero no él todo ni, menos, el sentido último de esa realidad. Ese sentido no está predeterminado y será el que le podamos dar nosotros.

El Post Modernismo Mexicano.- Los líderes del liberalismo radical del siglo XIX mexicano y más tarde los de la Revolución Mexicana en el siglo XX, compartieron el gran optimismo de la modernidad. A pesar de sus diferencias, tuvieron una base ideológica común: en ambos se veía al devenir histórico mexicano –y mundial-- como un proceso que “marchaba hacia algún punto”, que poseía una dirección inmanente, y por tanto las diferencia entre ellos era sólo sobre la naturaleza de los medios para alcanzar a ese destino brillante y final.

Para el modernismo liberal, lo que México necesitaba era orden y un Estado que facilitara la iniciativa individual, fomentara la educación y abriera las puertas al capital de las naciones extranjeras más modernas, para acelerar la transformación material de México. Para el modernismo revolucionario, que incorporó elementos del socialismo, el destino de justicia social debería enmarcarse en un agro de ejidatarios y propietarios moderados prósperos, y en

una vida urbana fabril eficiente, con sindicatos fuertes y burguesía nacional al mando. Todo ello requería un Estado fuerte e interventor y muy nacionalista.

El modernismo liberal del siglo XIX desembocó en una dictadura oligárquica, en una sociedad que mantuvo la deformidad heredada de la Colonia (el juicio es de un contemporáneo, don Andrés Molina Enríquez) y en una revolución. El nacionalismo revolucionario desembocó en un autoritarismo de un partido de Estado, en una enorme corrupción, en un desastre económico que dura de 1982 al día de hoy, y en una sociedad que mantuvo la deformidad heredada. Afortunadamente el final no requirió de una nueva revolución.

El desafío hoy, la cuestión vital, no es otra que abandonar la confortable idea de que el futuro está asegurado. Debemos aceptar que el progreso es posible pero no inevitable, que la satisfacción de Estados Unidos por su triunfo internacional, no es nuestro triunfo.

El “fin de la historia” no debe existir para México. En nuestro caso, el futuro no puede reducirse a administrar y mejorar el presente, pues este presente es terriblemente injusto e irracional. El cambio aún debe de ser la gran meta, pero debemos ser conscientes que el cambio puede llevarnos lo mismo a un estadio superior que volver a dejarnos en la mediocridad de un proyecto abortado: el de la democracia dentro de la globalización. En cualquier caso, hay que invertir energía e imaginación en reinterpretar nuestro pasado y en elaborar una meta para el futuro. No hay ninguna “ley de la historia”, nadie ni nada nos puede garantizar el éxito. En fin, la libertad frente a los antiguos paradigmas –el post modernismo-- es un gran reto, pero igual es una gran oportunidad. Ningún dedo

de ningún Dios escribió nuestro destino; esa escritura es sólo responsabilidad nuestra y de nuestra suerte.